



A decorative border composed of numerous small, stylized icons and symbols, including stars, crescent moons, wavy lines, triangles, and abstract shapes, arranged in a curved pattern along the top and sides of the page.

Prólogo

“Existen dones que una simplemente no quiere tener. El mío me ha marcado y perseguido.

Ahora soy la última de mi especie.

Porque veo colores que otros no ven.

Porque veo el peril,

Veo el peligro”.

Meri Marlowe, en su diario íntimo.

MOUNT VERNON, Washington D.C., catorce años atrás.

La última vez que Meri Marlowe vio a sus padres con vida fue durante su visita a Mount Vernon, el hogar de George Washington. Tenía tan solo cuatro años y no entendía por

qué estaban allí los tres, esperando bajo un sol intenso para pasar a ver un rejunte de cosas viejas. La gran casa blanca de techo rojo se encontraba al final de un largo camino de tierra. Y, peor aún, también al final de una larga fila de visitantes que avanzaba muy lentamente, todos deseosos de ingresar. El día era húmedo, y gran parte de la fila había quedado expuesta bajo el sol. Meri ya había decidido que el recorrido no iba a valer la pena, incluso después de la promesa por parte de sus padres de un helado una vez finalizada la aventura. Theo se había excusado sosteniendo que debía ponerse al día con su lectura obligatoria; y Meri deseaba haber podido quedarse con él, porque estaba segura de que la habría dejado quedarse recostada en el sillón viendo dibujos animados.

–Mami, ¿tenemos que hacer esto? –preguntó Meri en voz muy baja, aferrándose a la blusa a cuadros de su madre.

La mujer acarició la cabeza de la pequeña y le acomodó la gorra de béisbol para protegerle los ojos de la luz del sol.

–Cariño, ya sabes que esto es lo que más le gusta a tu padre de esta ciudad. Vino aquí a tu edad y ahora quiere compartirlo contigo. Será divertido, ya verás. Esto es Mount Vernon, el hogar de George Washington. Tú sí sabes quién fue George Washington, ¿verdad?

Meri observó el suelo cubierto de polvo, como intentando encontrar algo de inspiración para su respuesta. Su maestra en el kínder les había hablado de aquel hombre una semana atrás.

–Derribó un árbol con su hacha. Un cerezo –a Meri le había parecido un desperdicio enorme. Las cerezas de verdad eran

rojas y pegajosas y sabían mucho mejor que las golosinas “con gusto a” cereza. Su madre había comprado algunas el día anterior y le había enseñado cómo escupir las semillas. Meri lo hizo muy bien, y una de las semillas golpeó en el rostro a Theo, pero a él no le importó. Así de bueno era él.

Su madre se sonrió.

–Sí, George Washington cortó un árbol. Eso es verdad... Pero hizo otras cosas también.

Ahora Meri comenzaba a recordar otros detalles.

–Su rostro está en los billetes –se sintió muy orgullosa de haber podido recordar semejante dato–. Y tiene el cabello bastante alocado.

La muchacha que se encontraba detrás de ellos en la fila sonrió.

–Qué adorable. Los niños hablan sin tapujos a esta edad, ¿no cree usted?

–¡Cuánta verdad! –su madre se arrodilló y tomó un billete de un dólar–. Tenía ese cabello alocado porque así era como se llevaba en su época. Y eso fue hace mucho, mucho tiempo–. Los rizos largos y castaños de su madre colgaban sobre el rostro de Meri, formando una pequeña cueva de agradable aroma.

–A mí me gusta más tu cabello –Meri lo acarició, logrando que se balanceara como la cortina de cuentas de la puerta trasera de su casa en California.

–Me alegra oír eso, chiquita mía.

Una sombra las cubrió de repente.

–Dos helados, como lo habían ordenado, mis señoras –era el padre de Meri, con dos conos de helado–. Pero será mejor que se apuren. Ya están comenzando a derretirse.

Para cuando Meri se había terminado el suyo, la gente había avanzado y su familia ya había quedado primera en la fila. Su madre le limpió las manos con una toallita húmeda que también le pasó por los labios, antes de que la niña pudiera esconder la cabeza y evitarlo: el sabor tan agradable de la frambuesa ahora había quedado arruinado con ese sabor a jabón alimonado.

–No sé ustedes, pero me estoy muriendo aquí fuera. Vayamos adentro de una vez –el padre condujo a su esposa y a su hija hacia una parte de la vivienda. En el fondo, una anciana sentada en una tarima trabajaba sobre una máquina de hilar como lo haría una bruja en un cuento de hadas. Meri no pudo decidir si eso significaba que era una bruja buena o una mala: podría haber sido cualquiera de las dos.

–¿Quién es esa? –murmuró Meri.

–Esa es Martha Washington... Bueno, alguien haciendo el papel de Martha Washington –dijo el padre–. Está aquí para contarnos la historia del lugar. Vamos, puedes preguntarle lo que quieras –y, con un empujoncito, alentó a su hija a que avanzara.

Meri se sentó con el resto de los niños en las bancas de adelante mientras que sus padres tomaron asiento varias filas más atrás. Martha llevaba puesto un vestido floreado de cuello blanco y vestía también un sombrero acampanado en la cabeza. Parecía saber lo que estaba haciendo; hablaba y hacía trabajar la rueda al mismo tiempo, y a Meri eso le resultó mucho más fascinante que lo que la señora estaba diciendo. Meri notó que Martha tenía unas líneas brillantes en la muñeca. Era muy hermoso, se parecía un poco a aquel

copo de nieve de papel que Meri había hecho con sus propias manos la Navidad pasada. El dibujo brillaba levemente, como ese brillo que queda en los párpados luego de mirar fijo el sol. Observándola más de cerca, Meri notó que un diseño similar se asomaba por debajo del cuello del vestido de la mujer. ¿Sería entonces que esos copos de nieve brillantes cubrían a la mujer desde la cintura hasta el cuello? De ser así, ¡eso era maravilloso! Eran de un color muy bonito, una mezcla entre verde y azul; era un color que ella conocía muy bien pero que jamás había podido describírselo de mejor manera a nadie, ya que los únicos que podían apreciar el verdadero tinte de ese color habían sido ella y sus padres. Ni siquiera Theo o alguna de sus amigas. Ellos eran incapaces de disfrutar de los colores como ella, pero su mamá le había dicho que era de mala educación mencionarlo. ¿Sería que este estampado de brillantes eran la moda en la época del señor y la señora Washington, tal como lo había sido el cabello alocado? ¿Todo aquello había sucedido antes o después de los dinosaurios? Meri se llevó la punta de su cola de caballo a la boca. Todo era muy confuso.

Echó un vistazo rápido por toda la sala y se preguntó si todos los otros adultos también llevaban copos de nieve pegados en su piel. Un guía que llevaba puesta una camiseta de mangas cortas acababa de entrar con un nuevo grupo de visitantes. Tenía unos garabatos incandescentes; pero los suyos eran de un diseño diferente, algo así como arremolinado, en círculos, como el helado que se había comido minutos antes. Le iluminaban la cara con aquel mismo color tan especial. Su madre le había contado que ese color se llamaba

“peril”. Pero Meri decidió no mencionárselo a su maestra del kínder, a pesar de que estaba por todos lados en el salón de clase, muy especialmente en la mesa que usaban para colorear. Y, si alguna vez se olvidaba y mencionaba su nombre, la mamá le decía a Meri que debía decir que el color peril era solo una fantasía y que en verdad no podía verlo. Eso también era confuso, ya que su mamá también siempre le tenía prohibido mentir.

–Ahora bien. ¿Alguno de los niños tiene alguna pregunta para mí? –preguntó la mujer en la piel de Martha Washington.

Los cuatro niños sentados junto a Meri se quedaron mudos al haber sido tan despiadadamente expuestos. Meri quería levantar la mano y complacer a la mujer, pero no sabía qué preguntarle.

–¿Qué hay de ti, linda? Parecieras tener una pregunta para mí –dijo Martha, mirándola directo a los ojos.

–¿Yo? –dijo Meri, tratando de esconderse en su asiento.

Martha asintió con la cabeza.

–Yo... Bueno –no iba a decir nada sobre el color, pero sí quería saber más sobre aquellos diseños tan bonitos–. ¿Por qué tiene copos de nieve sobre la piel?

La expresión en el rostro de Martha pasó de una sonrisa amable a ojos abiertos en estado de shock. Meri conocía esa expresión: la veía en sus padres cada vez que decía algo que se suponía no debía decir frente a extraños. La mayoría de los adultos detrás de ella, sin embargo, estallaron en carcajadas. El niño de pecas sentado junto a Meri la golpeó con el codo justo en las costillas.

–No son copos de nieve, tonta. ¡Son flores!

Luego de un breve instante en que se quedó con la boca abierta cual pez encallado, Martha recuperó el sentido. Se puso de pie de inmediato, el hilo con el que tejía salió volando como las telarañas del Hombre Araña. Buscó frenéticamente al guía entre el público y señaló a Meri.

–Jim, ¡puede verlos!

Pero los padres de Meri ya se habían adelantado y se la estaban llevando consigo. El padre la alzó en sus brazos y los tres salieron corriendo del lugar.

–¡Deténganlos! –el guía de los garabatos en los brazos ya estaba corriendo tras ellos. Sus marcas brillaban ahora mucho más intensamente en su piel, incluso cuando habían quedado expuestas a la luz del sol. Martha había dejado a un lado su rueda y también iba tras ellos; los costados de su sombrero blanco parecían alas emplumadas a ambos lados de sus orejas; la luz de color peril le distorsionaba los rasgos y ahora se parecía a un pájaro de pico torcido. Más personas se unieron a la cacería: el hombre sin sonrisa de la boletería y una jardinera con un par de tijeras gigantes, entre otros. Mientras corría, la mujer hablaba con los labios pegados a una especie de artefacto muy pequeño que colgaba de su hombro. Se parecía a aquella ilustración en ese libro de cuentos de hadas que Meri tenía y que relataba la persecución detrás del Hombre de Jengibre.

–¡Quieren devorarnos! –sollozó Meri.

La multitud que aguardaba fuera no supo cómo reaccionar; se movía para dejarlos pasar mientras que el padre de Meri se apresuraba para sacar a su familia de allí.

–¿La niña necesita asistencia médica? –preguntó una mujer, sujetando al papá de una manga–. Yo soy enfermera.

–¡Aléjense! ¡Son terroristas! –gritó el guía, e inmediatamente después todos comenzaron a correr en diferentes direcciones, a los gritos, alejándose de Meri y su familia. El caos se desató. Los niños fueron agrupados en un rincón, quienes estaban de pícnic se pusieron de pie, y todos buscaron refugio en la casa y en los alrededores del edificio.

Ignorando los carteles de “No pasar”, el padre de Meri atravesó corriendo un cantero de flores y un arbusto.

–¡Naia, apresúrate! ¿Por qué no lo vimos? –jadeó, mientras el sudor le recorría la frente.

Meri supo que había hecho algo malo... tan malo que sus padres ni siquiera tuvieron tiempo para regañarla. Arrugó la cara para evitar que se le salieran las lágrimas. Los jardines estallaban a su paso, envolviéndolos en una nube de helechos y flores de verano.

También ignoraron un cartel de “Prohibido el ingreso” y pasaron corriendo justo por delante de la gran casa. A Meri se le salió la gorra que llevaba puesta. Sin dejar de correr por una sola milésima de segundo, su madre la atrapó en el aire y volvió a colocársela de manera tal que escondiera el rostro de su pequeña de la vista de quienes venían tras ellos.

–¿A dónde iremos, Blake? Ya deben de haber bloqueado el estacionamiento –el padre de Meri se veía verdaderamente asustado. Ponía la misma cara cuando Meri corría justo delante de algún coche. Levantó la vista para leer un cartel.

–Llama a Theo. Pídele que recoja a Meri en un lugar llamado Pioneer Farm. Allí es a donde iremos ahora.

Siguieron corriendo. Meri ya se sentía mal. Su madre le pasó en voz baja un mensaje al mejor amigo de la familia. Llegó a escuchar las palabras “desastre”, “enemigos” y “de inmediato”.

–¿Qué es lo que hice mal, papá? –sollozó Meri mientras su padre corría por un camino cubierto de raíces de árboles, con sus pies patinándose una que otra vez sobre el manto de hojas que lo cubrían.

–Nada, cariño. Esto no es tu culpa –su padre escondió el rostro de la pequeña contra su pecho al tiempo que tomó un atajo entre algunos árboles. El golpe de sus zapatos retumbaba sobre la pasarela de madera, hasta que entraron en un granero con olor a heno y a encierro–. Es solo que no creí que hoy... Un riesgo muy tonto a decir verdad. Es nuestra culpa. No tuya.

Pero ella sabía que estaba mintiendo. Estaba convencida de que había hecho algo y de que era muy malo.

–No, Blake, no podemos dejarla aquí –protestó su madre.

El pánico finalmente floreció, ardiente y terrible, en el estómago de Meri.

–Me portaré bien, mamá. Lo prometo. No me dejen aquí.

–Escóndete allí –dijo su padre mientras la dejaba en el suelo, en una montaña de heno cerca de un caballo amarrado, uno gigante y que olía muy mal. ¿Iría a aplastarla? Meri estaba convencida de que sí–. No te muevas de aquí hasta que Theo venga a tu encuentro. ¿Me oíste? Es muy importante que hagas exactamente lo que yo te digo.

Meri gimoteó.

–No debes salirte de aquí por ninguna otra razón. ¿Está

bien cariño? No vale espiar y no vale hacer un solo ruido –le quitó una lágrima de la mejilla.

–Por favor, Blake –le suplicó la madre.

–¿Qué otra cosa sugieres, Naia? –se oía furioso, pero Meri sabía que lo que estaba era asustado–. No podremos despistarlos lo suficientemente rápido si la llevamos con nosotros. Debemos hacerles creer que está en algún otro lugar. No sabemos cuántos perilos hay persiguiéndonos.

La mujer se veía extremadamente pálida en la luz tenue del granero.

–Tienes razón... Tienes razón. Sé que es así, pero no creo poder hacerlo.

Blake tomó a Naia de los hombros y la sacudió suave pero determinante.

–Entonces tendremos que morir los tres. Al menos, de esta manera, todos tendremos la oportunidad de sobrevivir.

La mujer cayó de rodillas sobre el heno y tomó a Meri en sus brazos.

–Sé valiente, pequeña. Haz lo que ha dicho tu padre y quédate aquí hasta que llegue Theo. Recuerda, preciosa: te amamos más que a nada en este mundo.

El papá corrió hasta la puerta y levantó del suelo un viejo rastrillo.

–Naia, ¡ya vienen!

–Te amamos, cariño. ¡Te amamos mucho!

–Esto lo hacemos por ella. Tienes que dejarla aquí. En el bosque. Toma, sostén esta bolsa contra tu pecho y haz que parezca que aún la llevamos con nosotros. Y ponle el sombrero.

Meri sintió los dedos de su madre cuando esta se separaba de ella.

–¡Mami!

–Si nos amas, no harás ningún ruido –le advirtió el papá.

Meri selló sus labios. Ni siquiera se quejó cuando le cubrieron con heno la cabeza.

–Estarás a salvo, pequeña.

Molesta y acalorada en su escondite, Meri sentía que sus oídos le zumbaban y que todo la aturdía. Oyó el sonido de pasos que se alejaban. Y luego, el silencio. El caballo que tenía a su lado movía las patas por el calor. Luego vino el murmullo de muchas personas que se acercaban, todas hablando una lengua que Meri no conocía. El granero hacía eco de esos incontables pasos que pisoteaban los tablones. Mezcladas con ese barullo, Meri escuchó explosiones distantes; dos, luego otras dos, todas una detrás de la otra. El miedo la invadió por completo, aunque no entendía bien por qué. De alguna manera, simplemente supo que jamás vería a sus padres otra vez.



WIMBLEDON, Londres, antes de la inundación.

–No seas tímido, Kel. Ve allí afuera y busca a Ade.

Kel miró a su padre a través de su flequillo enrollado: una pierna infinitamente larga desde ese ángulo.

–No quiero.

Lo último que deseaba era soltarle la mano a su papá y unírseles a los otros niños que jugaban en la piscina inflable de aquel jardín trasero. Había solo tres, pero no conocía a ninguno de ellos.

Su padre se arrodilló a su lado y con una mano le quitó el cabello de los ojos.

–Este es el día del que tanto te hemos hablado. Vivirás con Ade en esta casa. Él es tu príncipe, y tú serás su guardaespaldas una vez que hayas recibido el entrenamiento apropiado. Ahora solo queremos que sean amigos.

Kel se mordió la uña de su dedo gordo.

–Un príncipe... ¿como en los cuentos?

–Sí, pero él es uno de verdad. Esto no es un cuento de hadas. Y es un secreto. Hay gente mala que quiere matarlo: los atlantes. ¿Recuerdas lo que te había contado de los atlantes?

Kel asintió solemnemente con la cabeza. Había tenido pesadillas sobre los atlantes estas últimas semanas: quemaduras, latigazos, colmillos que chorreaban sangre y ojos endemoniados.

–Ade necesitará gente a su alrededor cuando crezca, gente en la que él pueda confiar de manera incondicional. Ponlo primero en tus prioridades de ahora en más, ¿está claro?

Quedaba claro para Kel que su padre se estaba despidiendo.

–¿Y qué hay de ti y Jenny?

Su padre intentó sonreír, pero aquello era más bien una torsión de labios a ambos lados de la boca.

–Nosotros tenemos nuestros puestos de trabajo también,

pero vendremos a verte siempre que tengamos vacaciones. Y Ade visitará a su familia de vez en vez, así que nosotros estaremos allí también, protegiendo a nuestra gente –con sus manos, ajustó los cordones de la capucha de la sudadera azul que llevaba puesta Kel–. Hemos estado al servicio de la familia de Ade desde tiempos inmemorables. Es lo que nosotros, los Douglas, hacemos. Y es también esto por lo que tu madre ha dado su vida.

Kel se miró los dedos del pie retorciéndose desde sus sandalias. La pérdida de su madre era algo muy duro para él. Los atlantes la habían asesinado mientras ella estaba de servicio en los Estados Unidos solo unos pocos meses atrás. Aún sucedía que Kel se despertaba por las mañanas creyendo que estaba viva. Pero luego recordaba que no era así, y entonces se sentía casi tan devastado como aquella primera vez, cuando recibió la terrible noticia.

Su padre lo sujetó fuertemente de los hombros.

–Yo comencé con el actual rey cuando tenía tu edad, así que sé lo que se siente. Te sentirás algo confundido por un tiempo, un poco perdido también; pero luego harás amigos y encontrarás una segunda familia aquí. Encajarás, ya lo verás.

El labio inferior de Kel tembló peligrosamente. Le habían metido en la cabeza que los Douglas no lloraban. Por lo tanto, sabía que no debía desilusionar a sus padres.

–Pero no creo que vaya a convertirme en un buen escolta, papá –murmuró.

Su padre hizo una mueca, pero no sonrió.

–Todos pensamos lo mismo al principio, pero lo lograrás con el entrenamiento adecuado. Está en nuestros genes,

hijo. Ahora ve, Kel; comienza como te lo he enseñado: no dudes, y sé valiente. Haz que tu madre se sienta orgullosa de ti.

Kel se tragó las lágrimas y dio un paso hacia adelante, hacia la luz del sol. Los niños en la piscina dejaron de pronto de atacarse con sus pistolas de agua para observar al niño desconocido que se les aproximaba.

Kel levantó una mano.

–Hola.

Desearía haber tenido mejores palabras, pero eso fue lo único que se le ocurrió decir.

Detrás de él, oyó que una mujer hablaba con su padre.

–Comandante Rill, muchas gracias por traer a Kelvin aquí con nosotros. Siempre podemos confiar en su familia.

–Supimos que necesitaban soporte, y sabíamos que podíamos ayudar –respondió su padre, serio–. Además, desde que perdimos a Marina... No puedo cuidarlo y al mismo tiempo hacer mi trabajo... No es como antes.

–Comprendo. Lo siento tanto.

–La madre de Kel murió haciendo algo en lo que creía profundamente. Ambos sabemos que lo que suceda con Ade y su familia será lo que determine la supervivencia o la extinción de todos nosotros. Nada es demasiado cuando uno mira las cosas de esa manera.

–Es verdad. Nos aseguraremos de que Kel reciba un buen trato y sea entrenado como corresponde. Yo misma cuidaré de él como si fuese mi propio hijo. El mío, Swanny, estará a cargo de los más jóvenes; él se asegurará de que Kel se sienta como en casa.

–Gracias, Sandy. Te lo agradezco mucho. Aún está en pleno duelo... Todos lo estamos. Lo extrañaré horrores. Es un muchacho encantador. Ha sido siempre nuestra alegría y nuestro orgullo. Pero supongo que todo padre probablemente diría eso. Sé que esto es lo correcto.

De mala gana, Kel dio unos pasos más para acercarse al resto de los niños. Uno de rizos negros y tez oscura se le acercó atravesando el jardín, con el cuerpo que aún chorreaba agua de la piscina como si fuese una nutria recién salida del mar. En sus pantaloncillos, Kel pudo ver un simpático dibujo de tortugas.

–¿Así que tú eres mi nuevo escolta?

–Eso es lo que dijo mi padre, sí.

–Genial. Soy Ade –dijo el niño, y le alcanzó una pistola de agua–. Entonces, tú estarás de mi lado. Somos los rojos, y ellos son el equipo azul. Un golpe directo al frente y estás fuera. Si te dan por la espalda o un costado, sobrevives, pero debes quedarte fuera del juego por diez minutos. ¿Entendido?

–Sí... ¿Está cargada? –Kel se sintió aliviado al ver que era una de las que ya había usado antes en la casa de un amigo. Miró para atrás y vio que su padre seguía allí, observándolo. Intentó sostener la pistola para que pareciera que sabía lo que estaba haciendo.

–Sí, está cargada. ¿Estás listo?

Kel le devolvió la sonrisa a Ade, y le gustó la picardía en la mirada del príncipe. Decidió entonces que tal vez, y solo tal vez, esto no iba a ser tan malo después de todo.

–Estoy listo.